



El Arquitecto y la Soñadora

By Eduardo Lucero Müller



En el corazón del Gran Archivo, donde el polvo de los futuros olvidados se asentaba como nieve, Merrick y Elara descubrieron un cofre de caoba cerrado. Merrick, cuyo corazón latía por la justicia y la verdad cruda, lo abrió con una herramienta oxidada. Dentro descansaba una única carta amarillenta fechada en 1949. Elara se inclinó, sus ojos siguiendo la elegante cursiva. Era un mensaje de un maestro a su antiguo alumno: un debate entre dos gigantes sobre cómo el mundo acabaría por romperse. "La pesadilla no es lo que tememos", susurró Elara, leyendo la tinta, "sino lo que deseamos".



Merrick sacó la carta del cofre; sus dedos temblaban ligeramente. La tinta era nítida, escrita por un hombre llamado Aldous para su alumno, George. El maestro argumentaba que la visión del futuro de George —una de botas de hierro, tortura y vigilancia constante— era ineficiente. Escribió que una clase gobernante descubriría que condicionar a la gente para que amara su servidumbre era mucho más estable que aterrorizarla para que se sometiera. Merrick frunció el ceño, su mente acelerada. Para él, la idea de ser controlado a través del placer era un veneno más insidioso que cualquier muro de prisión.



De repente, el Archivo comenzó a transformarse. El suelo bajo ellos se dividió en dos caminos distintos. A la izquierda, una pesada puerta de hierro gimió al abrirse, revelando una ciudad de hormigón frío y humo gris. "Este es el mundo de George", dijo Merrick, avanzando hacia el frío. Enormes pantallas parpadeaban en cada esquina, mostrando un rostro severo e inmóvil que parecía rastrear cada parpadeo. Elara lo siguió, sintiendo el peso de mil ojos invisibles presionando contra su piel. Aquí, el aire sabía a cobre y miedo.

Mientras se adentraban en la Ciudad Gris, Merrick señaló las telepantallas. La gente marchaba en silencio, con la cabeza baja, sus movimientos sincronizados por el ladrido de un altavoz. No había flores, ni canciones, solo el golpe rítmico de las botas sobre el pavimento. Merrick sintió una oleada de desafío. "Odan esto", susurró, con las manos hechas puños. "Se mantienen a raya por la amenaza del dolor. Es una jaula hecha de espinas, y como duele, saben que son prisioneros".



Una sirena aulló y la multitud se dispersó. Elara agarró el brazo de Merrick, empujándolo hacia la sombra de un callejón oscuro mientras una patrulla de guardias blindados pasaba de largo. El miedo en el aire era tan denso que casi asfixiaba. "Si odias tu jaula", susurró Elara, con la voz temblorosa, "pasas cada segundo soñando con la llave. Sabes exactamente dónde están los barrotes. Sabes quién es el enemigo. Es una forma horrible de vivir, pero al menos la verdad es visible".



La escena se disolvió y el hormigón frío se fundió en un mundo de neón vibrante y pulsante. Ahora se encontraban en el camino de la derecha: el mundo que el maestro había prometido. El aire olía a jazmín y azúcar sintético. Una música suave zumbaba desde los árboles y el suelo estaba cubierto de musgo irisado y mullido. Elara respiró profundamente, sintiendo cómo la tensión abandonaba sus hombros. "Esto es diferente", murmuró, maravillada por la belleza del horizonte resplandeciente.

Encontraron una fuente en el centro de una plaza dorada. En lugar de agua, burbujeaba con una niebla ámbar y chispeante. La gente estaba reunida alrededor, riendo y bailando en una neblina lenta y onírica. Un joven les ofreció una pequeña tableta translúcida; "Soma" decía la etiqueta. Merrick intentó tomarla, pero Elara lo detuvo. "No los obligan a estar aquí", se dio cuenta ella, observando las expresiones de dicha de los bailarines. "Ellos eligieron esto. Fueron criados para desearlo".

Elara se sentó junto a la fuente, observando a una mujer que estaba cerca, mirando al cielo con una sonrisa vacía y permanente. La mujer tenía todo lo que podía desear: comida, comodidad y una mente libre de cualquier tristeza o preocupación. Elara sintió una extraña atracción hacia esa paz. ¿Por qué luchar? ¿Por qué sufrir en la Ciudad Gris cuando podías dormir en la Ciudad de Neón? "Es tan fácil aquí", susurró Elara, rozando con su mano el suave musgo. "Los barrotes son de seda".



Los dos mundos comenzaron a desdibujarse en los bordes, fundiéndose de nuevo en el polvo silencioso del Gran Archivo. La carta yacía en el suelo entre ellos, testigo mudo de su elección. Merrick miró hacia las puertas de hierro y Elara miró hacia las nubes de seda. Se detuvieron en el umbral de la historia, dándose cuenta de que tanto el maestro como el alumno tenían razón. Se miraron el uno al otro, con la misma pregunta resonando en sus mentes: ¿Qué jaula es más difícil de escapar: la que odias o la que amas?